

SEGUNDO CONGRESO NACIONAL DE HISTORIA ECONÓMICA
SIMPOSIO 1
**“LA HISTORIA ECONÓMICA EN LA PERSPECTIVA ARQUEOLÓGICA-
INDUSTRIAL”**

**PETROLEO, MAYAS Y TRÓPICO: LA CONVIVENCIA DE LA INDUSTRIA
PETROLERA Y LOS YOKOT’ANOB EN LOS PANTANOS DEL GOLFO DE
MÉXICO**

**Rodolfo Uribe Iniesta
CRIM-UNAM.**

Introducción

Normalmente, cuando se presentan las situaciones que ocurren al tener contacto las actividades industriales modernas con las “culturas tradicionales”, se hace sólo en un plano catastrófico, como puede suceder por ejemplo cuando la interacción se da con los así llamados pueblos no contactados que tienen formas organizativas y productivas arcaicas como en el Amazonas, por ejemplo. Sin embargo, en el caso mexicano la relación de la industria petrolera con pueblos indígenas se da con pueblos ya ampliamente relacionados con la sociedad mestiza general. Es importante recordar que en dos de los tres lugares históricamente más importantes para la industria petrolera, la Huasteca y los llanos costeros del Golfo de México, desde el primer momento, la explotación petrolera se ha hecho en territorios indígenas. Es decir, que tenemos que pensar que tenemos casi 150 años de convivencia entre la industria y estos pueblos. Esto no quiere decir que no haya habido momentos dramáticos, sino que tenemos que pensar en procesos de largo aliento en donde, según se puede concluir del caso tabasqueño, cuenta mucho el ritmo, la velocidad y la intensidad de las actividades industriales. Cuentan mucho también las diferentes formas, directas e indirectas en que se manifieste la actividad industrial y el tipo de mediación política que se de. Y finalmente

quiero resaltar en esta exposición, lo interesante que resulta que el impacto del auge petrolero de los años 70 en Tabasco tuvo mucha influencia en la transformación, modernización, calificaría, de la “etnicidad” del pueblo yokot’an, o en otros términos, de su forma interna de integración, su identidad, al politizarla.

La primera “mina de petróleo”

La entonces llamada “primera mina de petróleo”, o sea la primera chapopotera que se denunció para la explotación comercial en México, fue localizada por indígenas yokot’anob. Cuenta el sacerdote y científico Gil y Saéñz que los indios de su parroquia de San Carlos, Macuspana lo llevaron a conocerla advirtiéndole que era una cosa encantada propiedad de Chujilbá, duende o amo del monte. Y después refiere como al intentar registrarla para su explotación, el propio gobernador del estado, Simón Sarlat se le adelantó formando una compañía con socios ingleses, que sería “El Aguila”. Hoy, esta chapopotera persiste en la ahora llamada comunidad Simón Sarlat y pueden verse varios taponos de viejos pozos en medio de los afloramientos naturales, y en otro más, viejos cables oxidados aferrados a un banco de cemento que se hunden en un tranquilo estanque de agua sin fondo, que es todo lo que quedó de una explosión en los años 30. En esta comunidad, en el curso de 12 años que he estado trabajando en la zona, mientras la gente me denuncia la lluvia ácida que mancha los árboles frutales y perfora los techos de lámina; he podido ver como desaparecen familias enteras por una epidemia de leucemia que las autoridades no han querido reconocer. A 14 kilómetros en línea recta de la petroquímica de Ciudad PEMEX, de acuerdo con la memoria de la gente, la

incidencia grave de lluvia ácida y la aparición de la leucemia viene de 1991, año en que entró en funcionamiento lo que los obreros llaman “la criogénica”, cuyas instalaciones, por cierto, sufrieron una fuerte explosión en la que murieron 10 obreros en 1993. Como casi todos los tabasqueños del medio rural, los sarlatenses han protestado por esta situación, pero la empresa decidió en esos años por sí y ante sí, que sólo reconocía los daños por lluvia ácida a 11 kilómetros a la redonda de la instalación que la produce. Esto en una llanura abierta a los vientos marinos, por supuesto que no tiene lógica, pero así se dan las argumentaciones en este conflicto

Es un lugar común decir que la empresa se ha portado como una actividad colonial en Tabasco. Muy cerca de ahí, las comunidades conocidas como Vernetes, todavía en 1997, fueron ocupadas violentamente por fuerzas especiales de seguridad pública para forzar el acceso a las brigadas sismológicas que realizan explosiones para detectar yacimientos mediante el sonar. El paso se les cerró porque la empresa se negó a reconocer la destrucción de construcciones y caminos provocada por esta actividad. Estas comunidades tenían ya una historia interesante: fueron las mayores proveedoras de mano de obra local para construir la ciudad “Nuevo Proyecto”, hoy “Ciudad PEMEX” en 1953, todavía hoy mucha gente trabaja en los servicios de esta ciudad, y recuerdan como varios de sus habitantes murieron en la explosión de un ducto en 1958. Estas comunidades ya conocían la violencia del Estado, se formaron como una cesión de un latifundista a la iglesia católica para acomodar a los refugiados de la masacre de San Carlos de 1929, cuando los camisas rojas garridistas locales mataron a una cantidad indeterminada de gente para evitar la fiesta religiosa.

Es interesante ver el importante papel jugado por los pueblos indígenas en las movilizaciones en protesta por las afectaciones ambientales petroleras. Aunque en un principio los conflictos petroleros tuvieron como sede zonas no indígenas del oeste de Tabasco, sobre todo en los años 70, los principales enfrentamientos violentos tuvieron lugar en pueblos indígenas en los años 80 y 90. En 1983 en Guaytalpa, 1989 en Oxiacaque y 1996 en Guatacalca. Y hay pueblos que duraron cerca de 10 años en permanente movilización aunque sus casos no eran difundidos por los medios, como ocurrió con Buenavista y Vicente Guerrero, Centla.

La etnicidad tradicional yokot'an como sistema de sustentación y su crisis

Cuando se interroga a los yokot'anob sobre que es ser indígena, todavía hoy, cuando la mayoría tiene trabajos urbanos, con una especie de desfase frente a la actividad actual, responden que es quien pesca y siembra en el pantano. Ya presionados señalan que es quien hace su ofrenda. Hoy, incluso el criterio de la lengua es poco considerado como diacrítico cuando en muchos casos sólo se le enseña como medio de comunicación reservado, o en ese sentido es usado por los padres contra los hijos en alguna comunidad. La identificación con el pantano viene del arrinconamiento que en este espacio sufrieron desde el período colonial. Las relaciones de 1579 señalan como se quejan de que la enorme despoblación que sufren se debe a que les quitan sus tierras altas de cultivo de maíz y cacao y se les prohíbe la poligamia. El territorio tradicional yokot'an o su zona de refugio, quedaría acotado exactamente a las zonas de pantano del delta del sistema Grijalva-Usumacinta.

Por eso no sorprende que las dotaciones ejidales de los pueblos yoko sean 68% de tierras bajas, y que la demarcación de la Reserva de la Biosfera Pantanos de Centla coincida con las tierras ejidales.

En esas condiciones los yokot'anob desarrollaron un sistema de producción de la vida organizado lógicamente, simbólicamente y prácticamente por el proceso ritual llamado de la ofrenda. Este sistema ofrece un orden que como explica Godelier (1989) respecto a los sistemas económicos no modernos, establece las formas de apropiación, cooperación y distribución con base en un orden ideal de intercambio y reciprocidad, constituyéndose en una forma específica de relaciones sociales de producción. Viviendo en una zona de delicados equilibrios y ciclos naturales de ritmos precisos, adaptaron su sistema productivo a ello. En la zona costera del golfo durante el año se vivía antes de las grandes presas y obras de control hidrológico de los años 70 un ritmo preciso de inundación marina en primavera donde el agua entra hasta 60 kilómetros tierra adentro por los ríos; y en octubre-noviembre bajaba de las montañas de Chiapas y Guatemala el agua de las lluvias de otoño en una lámina de inundación que cubría por parejo toda la región aportando importantes nutrientes a todas las tierras. Este ritmo aportaba también el necesario cambio de salinidad que requieren las especies de pantano y la comunicación estacional entre cuerpos de agua separados que requieren para reproducirse especies como el pejelagarto, entre otras. Sobre esta base los yokot'anob sabían que tenían que dedicar atención intensiva a ciertas zonas y ciertas actividades durante tiempos definidos, como por ejemplo, el sembrar a distintas fechas sobre distintas alturas de terreno que al tener cobertura de agua por distintas temporadas, tenían también distinta productividad, pero

llegando hasta las 6 toneladas de maíz por hectárea en los terrenos más bajos; y pescando en grandes cantidades distintas especies de pescado en lugares distintos, como el róbalo en primavera y el topén en verano y otoño, éste último considerado como el indicador de riqueza. Aunque nominalmente el sistema alimentario se basaba en el maíz, en realidad el sostén y la piedra clave era la abundancia relativa y absoluta de pescado. Tanto para sembrar un terreno, para salir en expedición de pesca de una semana a la profundidad del pantano o a una laguna, como para construir una casa, o incluso ahora para toda obra pública, se establece una colaboración entre grupos de familias extensas que antes de cada acción realizan una “ofrenda”; la misma ceremonia que se usa para pedir salud, suerte, recuperación de una persona y familia, y la misma que centra la fiesta del pueblo. Esta ceremonia se presenta siempre como el intercambio entre el oferente individual y colectivo, y una entidad sobrenatural que es “dueña” del territorio del poblado, del cuerpo de agua, de los animales, o del bien a producir. En la ofrenda de salud participa sólo el curandero, en la “promesa” por salud o economía familiar, el jefe de familia o toda su familia, y en las relativas a actividades productivas los grupos familiares involucrados; y en la feria del pueblo, toda la población más otras poblaciones “amigas”, creyentes del dueño o santo patrono, o formadas por migración del mismo pueblo. Incluso, todavía antes de 1970, estos colectivos de familias y entre los pueblos cambiaban los productos sin dinero mediante un sistema de trueque basado en una clara y evidente relación de valor trabajo que llamaban “vidas cambiadas”, operados por especialistas que se embarcaban en largos trayectos que podían abarcar desde Mérida o Villahermosa para los productos industrializados, hasta la última casa abandonada, recorriendo en cayuco o

lancha de una sola tirada el complejo sistema de canales, ríos y lagunas que sólo ellos conocían. Todavía hoy en la Reserva de la Biosfera hay comerciantes que hacen trayectos de este tipo que duran 4 días, descansan sin poder descender de las lanchas a medio día cuando la marea baja y no se puede navegar, y sufren el ataque de piratas ribereños como si estuviéramos en el siglo XVII. Mal que bien, este sistema se fue perfeccionando durante 4 siglos y recibió un fuerte impulso con la dotación ejidal de los años 30 y 40, hasta que comenzó a entrar en crisis a mediados de los años 70 y ya para los 90, ante la baja productividad de tierras y cuerpos de agua, las malas condiciones de mercado local para el maíz y el ganado, y la oferta de trabajo urbano, casi había desaparecido ya como sistema de sustentación.

Los distintos tiempos del petróleo, “las reclamaciones” y la secularización de la etnicidad.

Evidentemente los impactos ambientales, sociales y económicos negativos locales de la industria petrolera fueron sentidos por todo el sector rural tabasqueño, pero se hizo evidente que la actividad de resistencia autónoma y sostenida fue más constante en estos pueblos; con base a la mayor homogeneidad social y a esta forma de solidaridad y organización descrita arriba. No todos los efectos fueron negativos, para muchos individuos indígenas la presencia petrolera significó oportunidades económicas, o el huir a “estar siempre con los pies mojados” que significa sembrar y pescar en estas condiciones, visto como más duro a pesar de las características peligrosas y duras de los obreros petroleros. Y sobre todo, con base en las movilizaciones

rurales iniciadas en 1976, el gobierno local se vio obligado a responder con políticas de apoyo al medio rural, aunque muchas veces, cada comunidad tuvo que movilizarse para obtener cada camino, cada escuela, cada planta potabilizadora, etc. Sin embargo, todos los cambios operaron en contra del anterior sistema que a falta de mejor nombre llamo “el sistema de la ofrenda”.

Y más aún llama la atención que la industria no llegó a Tabasco en los años 70, pero sólo hasta entonces se convirtió en un problema social generalizado que movilizó al estado. Los científicos sociales quisieron explicarlo con el concepto teórico de “privación relativa” fruto de la “heterogeneidad estructural” (Allub, 1983 y 1985), pero fue mejor la respuesta que encontró el secretario de gobierno de González Pedrero (Beltrán, 1985): la intervención de los 70 fue cualitativamente diferente no sólo porque se montó sobre los efectos del cambio ambiental producido por las obras hidrológicas y la crisis de la ocupación campesina por la ganaderización y la caída de las condiciones de mercado de los productos tradicionales, sino por la violencia, intensidad y velocidad con que se dio la explotación a diferencia, por ejemplo, del auge de los años 50. Y esta velocidad estuvo determinada no sólo por la coyuntura de precios de los años 70, sino sobre todo por los compromisos financieros que el gobierno contrajo usando de aval las reservas petroleras. En campo esto se tradujo en mala planeación desde la construcción de las infraestructuras de acceso a las zonas de exploración, explotación inadecuada e insuficiente, la quemazón intensiva del gas asociado al crudo –que se convirtió en toneladas de lluvia ácida-, y constantes derrames y explosiones.

La acelerada construcción de infraestructura de acceso, caminos y canales, profundizó el caos de los ciclos de inundación generando pantanos

muerdos y reduciendo la extensión de tierra trabajable, incrementó la falta de llegada de nutrientes a las tierras altas, que ya había comenzado con el control de las presas; la lluvia ácida afectó la salud y condición de toda la vegetación y cultivos, personas y animales y se sembró hasta el día de ahora en los suelos y cuerpos de agua, y la productividad de la tierra medida en rendimientos del maíz se redujo en promedio al 50%. Los derrames acabaron con la fauna marina llegando a casos como los de las lagunas Santa Anita y Julivá, que en 1993, de plano fueron declaradas muertas. A esto se sumaron los impactos sociales como la inflación y el acceso al trabajo urbano casi siempre en el sector de la construcción; pero sobre todo el no muy visible desde afuera de lo que al antropólogo venezolano Rodolfo Quintero (1972) llamó la “cultura del petróleo”; que es el desarrollo de todo un subsistema económico y cultural en torno de quienes trabajan en la industria que se refleja en las formas de uso del tiempo libre de los obreros que generan toda una serie de servicios y un estilo de vida de altos gastos que absorben vida e ingresos de los trabajadores y promueven la prostitución y el alcoholismo en niveles poco imaginados desde afuera, que en comunidades pequeñas tienen efectos secundarios muy importantes, cuya mejor lectura en Tabasco la ha dado el poeta Teodosio García Ruíz en su libro *Nostalgia de Sotavento*. Y la urbanización y terciarización de las ofertas de trabajo también se tradujo en una feminización de la ocupación en puestos de mayor status social que los de los hombres, lo que a niveles íntimos de las familias chontales se tradujo en dolorosos dramas y mucho alcoholismo.

Lo anterior destruyó las bases ambientales del sistema de la ofrenda como forma de producción de satisfactores con una privación también absoluta.

Pero la resistencia a los impactos tuvo elementos didácticos donde la respuesta del gobierno y la industria llevó a que en los cambios generacionales se pasara de pedir la restauración del medio ambiente, a pedir mejores condiciones de inserción y competencia en el medio urbano, pasando por la corrupción de la monetarización de los conflictos impulsada por la élite política local. Pero lo interesante, y aquí dejo la exposición por motivos de tiempo, es que toda esta lucha, ahora diríamos, por las condiciones de acceso, que se expresa en que la petición más sentida ahora es la de instituciones de educación superior en las zonas indígenas, se justifica discursivamente, al igual que lo hacían las de restauración ambiental, en la defensa de la lógica de intercambio equitativo que guiaba al sistema de ofrenda. El gobierno siempre ha respondido que no tiene que dar nada porque los campesinos no pagaban impuestos, mientras los yoko siempre argumentan que al sacar el petróleo se sacan la sangre, la vitalidad a su tierra, lo que metafóricamente resulta cierto. Y entonces, la unidad y la integración étnica están dados ahora no en la práctica productiva cotidiana como antes, sino en las movilizaciones de esta lucha donde el ser indígena es por supuesto un capital social para la competencia por los recursos derivados del petróleo, el sistema de ofrenda es ahora la base de la economía moral que defienden legitimados por los daños ambientales y sociales sufridos, y la práctica de la religión, la participación en fiestas y ofrendas, es ahora, realmente, una actividad sólo religiosa. En resumen, no se consumió un etnocidio, pero pareciera que los yokot'anob siguieron el consejo del sociólogo español Jesús Ibañez (1991), de que cuando un juego se le presenta al actor como imposible de jugar, se cambian las reglas del juego.

Bibliografía

Allub, Leopoldo. 1983. "Heterogeneidad Estructural, Desigualdad Social y Privación Relativa en Regiones Petroleras". Revista Mexicana de Sociología. Vol. XLV. Enero-marzo.

Beltrán, José Eduardo. 1985. Petróleo y Desarrollo. CEIS. Villahermosa.

Cadena Kima-Chang, Susana y Suárez Paniagua, Susana. 1988. Los Chontales ante una nueva Experiencia de Cambio: El Petróleo. INI. México.

Canudas, Enrique. 1994. Trópico Rojo. Tomo IV. Inquietudes, Ediciones y Publicación. Xochimilco.

García Ruíz, Teodosio. 2003. Nostalgia de Sotavento. UJAT. Villahermosa.

Godelier, Maurice. 1989. Lo Ideal y lo Material. Ed. Taurus.

Ibañez, Jesús. 1991. Del Algoritmo al Sujeto. Perspectivas de Investigación Social. Siglo XXI España. Madrid.

Incháustegui, Carlos. 1985. Los Chontales de Centla. El Impacto de la Modernización. Instituto de Cultura de Tabasco. Villahermosa.

Incháustegui, Carlos. 1987. Las Márgenes del Tabasco Chontal. Instituto de Cultura de Tabasco. Villahermosa.

Quintero, Rodolfo. 1972. La Cultura del Petróleo. Ed. Siglo XXI. México.

Toledo, Alejandro (coord.). Petróleo y Ecodesarrollo en el Sureste de México. CECODES. México.

Tudela, Fernando (coord.). 1989. La Modernización Forzada de Tabasco. El Colegio de México. México.

Uribe Iniesta, Rodolfo. 1998. "Modernización, Modernidad y Economía Moral en el Conflicto Tabasqueño". Revista de la Universidad. Núm. 6. UJAT. Villahermosa.

Uribe Iniesta, Rodolfo. 2003. La Transición entre el Desarrollismo y la Globalización: Ensamblando Tabasco. CRIM-UNAM. Cuernavaca.